



ALFREDO FLORES SUÁREZ ARANA

—BARON DE SAUCES—

Quietud de Pueblo

SANTA CRUZ-BOLIVIA

1987

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

INDICE

[PROLOGO](#)
[MI PUEBLO](#)
[EL RECIEN LLEGADO](#)
[LOS VERSOS](#)
[VIERNES SANTO](#)
[LA NOCHE](#)
[UN BURI](#)
[GALLOS](#)
[LOS OPAS](#)
[BAZAN](#)

[HIDALGO](#)
[ASUNTITA](#)
[DON DAVID](#)
[DON FEDERICO](#)
[EL PALMAR](#)
[COTOCA](#)
[CUATRO OJOS](#)
[UN VIEJO TEMPLO](#)
[SANTA CRUZ LA VIEJA](#)

PROLOGO

Pasan las carretas por la ancha carretera polvorosa, arrastradas por los tardos bueyes, en cuyas testas gachas, en cuyos ojos abultados, hay resignaciones cristianas. Pasan las carretas y es tan solo el acre chirriar de sus goznes lo que turba la letal modorra de la siesta provinciana. Más allá, en las tapias de una quinta se trepan gozosos unos chicuelos raboneros, con el propósito de hartarse con la fruta del cercado ajeno. Pasa el escribano; pasa el notario; pasa el recaudador y pasa tal vez el señor cura y si no, el sacristán, de andar bovino; y sin duda la comadre corre ve y dile, que si cerrara ojo perdería tan sabrosas novedades!... Tal vez, el único que no desmaya es el peluquero, cuya voz lánguida comenta con la absurda dialéctica de los fígaros que nos llena de espantos, el editorial de "El Eco", de "El Liberal", de "El Imparcial" o de "El Herald". Una vendedora de confituras pasa pregonando con voz desconsoladora que elimina las sílabas, su mercancía. Los canes, sedentarios canes de pueblo, dormitan en los zaguanes o en los patios floridos y frescamente umbrosas. Es la hora terrible en que los pueblos parecen abandonados, y en que los boticarios sebaceos roncan con fruición desesperante, mientras las manos espantan con vagos movimientos penosos, esas moscas pegotes que se dedican con misteriosa y abrumadora preferencia a las gruesas narices de los boticarios.

De estas deliciosas sensaciones, de estas observaciones curiosas de la vida pueblerina está lleno el libro de Alfredo Flores que vais a leer.

Esta literatura, en la que es maestro Azorin, ha producido libros encantadores. "Pueblo Gris" de Rusiñol es uno de ellos y Gracia Deledda, Capuana, la admirable, Víctor Catalá, el portugués Trindade Cohelio y algún otro que no recordamos, han creado páginas maestras en el género.

Sus dificultades son inmensas. Aquí la imaginación está absolutamente de más y todo debe basarse en la observación directa y menuda. Desde este punto de vista es un acierto el libro de Alfredo Flores, cuyo seudónimo, Barón de Sauces, es ya conocido en revistas y diarios argentinos y bolivianos.

La mayor virtud de estas páginas, es la compenetración total con el medio y el amor y la ternura que le inspiran los usos patriarcales y coloniales del Pueblo que es esta vez Santa Cruz de la Sierra; la sencillez hogareña de sus gentes o la inofensiva malicia pueblera. Todo esto ha sido tratado con algo del arte del miniaturista. Y hay detrás de cada observación o escurrido de pronto en una frase, un humorismo fino y sano, una amable ironía sin amargura ni acritud. Agréguese a esto que el estilo en que el libro ha sido trazado es de una solidez y precisión que aleja la posibilidad del cansancio y posee al mismo tiempo esa rara virtud de la sencillez. Alfredo Flores escribe con una sobriedad elegante de gran señor, aquí en esta América, donde la verborragia mulateril, el morboso amor de la sonoridad adjetival han creado una literatura americana en que el idioma es al estilo lo que las cuentas de vidrio para los negros.

Componen este breve y ameno libro una serie de fugaces cuadritos de costumbres de los que está ausente por expresa voluntad de su autor; la ficción novelesca.

Son simples pinturas de ambiente, ricas de observación y saturadas de un amable humorismo. Las hay de un vigor extraordinario, como "El Reñidero" y "El Buri", que revelan el Flores condiciones que podrían alcanzar grandes aciertos en la novela de costumbres. No faltan las pinceladas líricas, páginas que casi son églogas, de factura delicada y sencilla emotividad. También hay uno que otro retrato psicológico como el del loco del pueblo y el matón, que son aciertos de realidad. Otro de los encantos de este libro es su intensa plasticidad. Tan pronto hace una miniatura rica en detalles, como con cuatro trazos impresionistas nos da una sensación completa del cuadro.

En suma, este libro de Alfredo Flores, es uno de esos libros que el artista, al decir de Ortega y Gasset, sorprenda "el primor de los vulgar". Con las pequeñas cosas de todos los días, con el vacío monótono de la vida de pueblo, con lo pintoresco conocido y trivial, ha hecho Flores un libro ameno, bella, sencilla y elegantemente escrito, y, sobre todo, uno de esos libros amables y ligeros que nos deleitan sin sacudirnos, y cuya ironía suave nos hace contemplar la vida, los seres, y las cosas con una ternura de convalecientes.

Leedlo y veréis si no es así.

PABLO SUERO

La Paz, Octubre 1924.

AL LECTOR

He reunido aquí algunos apuntes que conservo como recuerdo del terruño. Ellos no guardan entre sí otra relación que la espiritual surgida del ambiente y solo son pequeños ensayos trasladados al papel con la mayor buena voluntad.

Frentes a lo mucho que hay que decir de Santa Cruz, estos apuntes significan muy poco. Hoy se habla de la tierra de Ñuñoa de Chávez como de una tierra de promisión. Es la faz económica lo único que ocupa la pluma de nuestros escritores, en el justo afán de hacer conocer a nuestro pueblo y de prepararle su entrada al lugar que le corresponde por su riqueza fabulosa.

Y ellos tienen razón. Santa Cruz es un pueblo rico por excelencia. Algún día el riel revolucionará el silencio de su ambiente colonial y hará de la tranquila villa provinciana una ciudad moderna y bulliciosa. Y con esto se habrá colmado el anhelo de todos!

Pero entonces, ya no gozaremos de ese apacible sol de la mañana, tan nuestro, tan claro, tan intenso, porque en las ciudades grandes hasta el brillo del sol parece que perdiera su pureza; ya no veremos pasar a la hora de la misa a las jovencitas cubiertas por negros mantones largos, ni a las viejas mascullando su rosario, porque el progreso ahuyenta la ingenuidad de las sencillas almas; ya no oiremos tampoco al pie de la ventana el rasgueo de las guitarras ni el canto apasionado de los galanes, porque eso sería ridículo frente a la música infernal de los vehículos y ante la seriedad gris de las enormes casas modernas; tampoco veremos la débil casucha de *mutacú* sobre la pampa verde y el imponente silencio de nuestros bosques, será profanado por el estridente chillido de la locomotora.

Yo aplaudo a los que hablan de la riqueza de nuestra tierra, a los que trabajan por atraer la mirada del capital a su fecundo suelo, para que su transformación de pueblo en ciudad se lleve pronto a cabo; pero con profundo egoísmo, quizás con sacrilego egoísmo, declaro que añoré siempre la rústica hermosura de mi pueblo, su reposo completo, su calma de aldea, que convida a soñar y es fuente inagotable de poseía.

MI PUEBLO

Un cielo azul, gloriosamente azul. Una campiña fértil donde se yergue la verde espesura de los montes. Y, a los lejos, en el fondo, la sierra plomiza ondulando suavemente en el horizonte.

Cerca de las orillas de un río largo, de anchas playas, y sobre un tapiz de arena y grama, se asienta el pueblo como una bandada de palomas blancas.

Sus viviendas coloniales son todas vaciadas en el mismo molde. Los frentes blanqueados de las casas, tienen corredores de alas anchas sostenidas por pilares gruesos, que enfilados, soportan como un largo toldo tendido de esquina a esquina. Sus amplios portales dejan entrever largos y umbrosos zaguanes; y sus ventanas enrejadas, tras las que asoman, de vez en cuando, rostros pálidos con ojos expresivos, evocan idilios y convidan a dulces confidencias.

Por las calles, tortuosas, a la hora en que despierta el pueblo, en las mañanas claras, únicas por su rol y por la limpieza del cielo, cuando las campanas llaman, se ve pasar a las devotas cubiertas por negros mantos; y tras ellas, las criaditas paliduchas llevando los reclinatorios. A esa hora, las pesadas y crujientes carretas de madera, arrastradas por bueyes tristes, hunden sus ruedas toscas en la arena de las calles húmedas aún por el rocío.

Al atardecer, cuando llega la brisa suave trayendo un vaho penetrante de los montes, se reúnen al abrigo de los largos corredores las comadres del barrio y las jóvenes emperifolladas: allí hablan de lo que sucede y de lo que no sucede, al par que observan el ir y venir de los peatones. Mientras anochece, suenan lentamente las campanas llenando el ambiente de melancolía.

Y en las noches estrelladas, cuando la luna llena blanquea los tejados y pone sombras raras en las calles, se ven las torres altas de la Catedral, erguidas cual dos mastines vigilantes, a cuyo derredor se agrupan las casas como manada de ovejas que descansa.

Las ciudades, como las personas, tienen alma. Hay algo en ellas que vaga sobre sus casas y que se cuelga a lo largo de sus calles empapándolo todo y poniendo su sello indeleble

sobre las cosas y personas. Algo que da carácter al pueblo y que marca la primera impresión del forastero. Y así como hemos visto muchos pueblos anodinos, otros se nos han presentado tristes o cansados, alegres u optimistas.

Santa Cruz es un pueblo alegre con rasgos de soñador. Su gente tiene esa alegría de las almas sencillas y esa ingenuidad soñadora de los hombres de tierra adentro. Allí, el más nimio acontecimiento familiar es pretexto suficiente para organizar el más bullicioso de los bailes. Y es rara, rarísima la noche en que no se escuche al pie de las ventanas el canto del galán apasionado entre el sonoro bajero de las guitarras.

No conozco España, pero he oído contar mucho de ella. Santa Cruz es para mí un jirón de la hermosura sevillana. Tiene, como la vieja Andalucía, un cielo azul de magistral pureza; un sol brillante que clarea las mañanas con una luz inconfundible; unas mujeres bellas de andar garboso, de tez pálida y de ojos rasgados, que ponen un tinte morisco a las ventanas enrejadas. Hay también allí costumbres añejas legadas por abuelos españoles; y hasta las viejas beatas y los mendigos harapientos parecen figuras escapadas de los lienzos inmortales de Velázquez.

Para los que vivimos lejos de terruño, en ciudades bulliciosas y bajo cielos teñidos de humo, con calles interminables donde se enfilan fríos los edificios modernos, los recuerdos del terruño, tienen un valor inapreciable. Añoramos la rústica belleza de nuestro pueblo y sentimos algo así como una pena, cuando pensamos que algún día podemos volver a él y encontrar que el progreso ha borrado de dos brochazos la clásica hermosura de su suelo, interrumpiendo la apacible quietud de su ambiente colonial.

EL RECIEN LLEGADO

La entrada al pueblo la hicimos al anochecer. Por un sentimiento de vanidad, muy perdonable, habíamos hecho alto en las afueras, hasta que las primeras sombras nos permitiesen llegar sin que los rostros barbudos y las vestimentas empolvadas sirviesen de pasto a las miradas curiosas de los transeúntes.

Es indudable que el cariño hacia el terruño se agranda cuando nos hallamos lejos. El recuerdo de aquellas cosas que nos fueron familiares, hace revivir en el espíritu emociones sentidas en días lejanos; emociones y recuerdos que, en las soledades del camino, se destacaban en nuestra mente, con singular nitidez, acicateando nuestras ansias llegar pronto. Entonces espoleábamos despiadados, azotábamos a las cansadas bestias pachorrientas y las jornadas nos parecían interminables; largas, larguísimas las horas.

Al encontrar pues las primeras casas del pueblo, nos embargó la emoción. Y bajo la influencia de una sensación rara, mezcla de gozo e inquietud, fuimos entrando casi insensibles, por entre las cosas que tanto habíamos añorado envueltas ya por la semioscuridad.

Llegamos a nuestro alojamiento caímos rendidos.

Con las primeras luces del día, y después de una noche casi de insomnio, a pesar del cansancio y magullamiento propios del largo viaje, hemos abandonado el lecho impacientes por salir a la calle y contemplar, hasta el hartazgo, todo lo que allá lejos tanto habíamos extrañado. Tras las vidrieras, vemos ya el cielo claro, azul sin una mancha.

Al atravesar el corredor que nos lleva al ancho portón de la casa colonial, una *cunumi* que viste ropas almidonadas, tras cuyos pliegues se adivinan durezas de bronce, nos intercepta el paso. Lleva en sus brazos extendidos algo que parece una charola, cubierto con un paño blanco y también almidonado. Un suave olor cosquillea nuestro olfato. Y la nitidez con que se retratan las formas ovaladas bajo el blanco lienzo, nos anuncia que allí hay roscas. ¡Roscas! Aquellas roscas cruceñas cuyo sabor paladeábamos en el recuerdo, en aquella pensión de Buenos Aires, a la hora en que nos servían un desayuno infame.

Suponemos entonces que todo esto no es otra cosa que el saludo mañanero que nos envía alguna cariñosa y vieja pariente, quizá olvidada.

Nuestra sospecha pronto se confirma. La criada, entre contorsiones embarazosas y como cantando, casi a voz en cuello, nos espeta un rosario de palabras.

—"Dice oña Mariquita que como ha llegao el niño y que tal viaje ha traío... y que aquí le manda este jorneao pa su jacuú... Que lo ha hecho ella pa que lo coma a su nombre y que de que vuelva e misa va pasar a vejlo".

Este recado, sin duda, ha exigido de la muchacha, muchas repeticiones hasta lograr el visto bueno de su patrona. Mientras se detiene a tomar aliento, nosotros recibimos el presente. Pero al hacerlo cae una tarjeta. La recogemos. Es una cartulina con bordes de luto. Escrito con tinta, y con una letra temblorosa, se lee un nombre. En un ángulo de la tarjeta, esta palabra:

"Salutación".

Nosotros sonreímos satisfechos. Son encantadores estos saludos recitados de memoria. Tienen un dejo de ingenuidad que hacen más agradable la sensación de gratitud.

—Gracias, chica, decimos a la criada; dile a tu señora que por qué se ha molestado.

—No es molestia, señor —dice la criada—, seguramente interpretando el pensar de su ama. Y se va por donde ha venido.

Nosotros también salimos. Y una vez fuera, mientras caminamos por las calles tortuosas, bañadas por los primeros rayos del sol y llenas de calma, nuestro espíritu es presa de emociones. Los recuerdos de los tiempos idos de agolpan a nuestra mente y adquieren singular relieve. Ya es una casa vieja que nos habla de la infancia alegre y despreocupada; ya es la reja enmohecida de una ventana evocadora de algún idilio de escolinos; ya es la esquina donde esperábamos impacientes el paso de la pequeña novia a la salida del colegio; o ya es la iglesia silenciosa donde nuestro espíritu soportó místicas impresiones. Todo aquello nos alegra y nos entristece a la vez. ¡Qué daríamos por vivir de nuevo los tiempos pasados!

El sol sube lentamente en el cielo azul. Se oye el rítmico sonar de las campanas que llaman a misa. Los anchos portones de las casas se abren poco a poco y dejan ver unos zaguanes umbrosos y frescos donde se refugian las últimas sombras y unos patios claros y floridos, cuyas baldosas coloradas aun están húmedas de rocío. Los torcos y los maticos, toman parte en esa fiesta de luz con sus cantos penetrantes, mientras que un loro pintarrajeado, lanza graves chillidos. En las calles ya se nota animación. Los carretones de los güireros hunden sus ruedas toscas en la arena húmeda y algunas gotas brillan sobre las hojas del forraje fresco. Un muchacho sucio y andrajoso, que monta un caballejo flaco y mediatubundo, ofrece a gritos la leche contenida en unas largas botellas que cuelgan del apero viejo. Por las veredas transitan los vendedores de legumbres y las panaderas. Las criaditas soñolientas aún, marcha a pasos menudos llevando canastitas de provisiones, vacías. Algunas mujeres, casi cubiertas por mantones negros, caminan de prisa. Sin duda, vuelven de la iglesia.

Avanzamos algo, y de pronto caemos en brazos de un amigo con el que recordamos alegres horas de camaradería. Y nuestro asombro es grande, al reconocer en aquel vejete que pasa encorvado, con la cabeza blanca, al maestro que dejáramos todavía joven, lleno de vida. Nos despedimos del amigo hasta más tarde y seguimos andando.

Durante la marcha, advertimos que nos observan con insistencia. La presencia de un recién llegado despierta siempre en el pueblo via curiosidad. Los pueblos son noveleros; como todo ser orgánico en crecimiento, tiene curiosidades infantiles. Pasa un hombre y nos mira inquisitorialmente de pies a cabeza, como haciendo un inventario prolijo de la fisonomía y de la ropa. Más tarde un grupo de jovencitas nos lanza furtivas miradas y se aleja cuchicheando en voz baja. Esto no deja de producirnos cierta sensación agradable. ¡Estamos llamando la atención! Por un momento nos creemos personas importantes y procuramos imprimir la mayor donosura a nuestro andar.

Al volver a la casa que nos sirve de alojamiento, ya encontramos la rueda de parientes que nos esperan. Las viejas tías y las primitas frescos como rosas, forman allí delicado contraste. Y entre abrazos y apretones de manos, tenemos que responder a las preguntas que afanosamente se nos dirigen.

A nuestra vez también nosotros preguntamos:

—¿Qué es de Pedro? ¿Qué es de Juan? ¿Y María? ¿Y doña Rosa?

Unos están en el campo; otras vendrán más tarde. Aquel ha muerto; el otro está enfermo y ya no sale de viejo. Esto sacia nuestra curiosidad y también nos deja un algo de tristeza. Aquél que ha muerto, a lo mejor fue un pobre hombre, uno de esos que viven y desaparecen sin llamar la atención, pero que para nosotros fue bueno, nos alzó cuando éramos chicuelos o nos regaló pajarillos en el campo.

La conversación se prolonga. Llegan unos, se van otros y al fin se acerca la hora del almuerzo. La mesa está tendida bajo el fresco alero del corredor. Sobre el blanco mantel almidonado, humean los platos de loco, incitantes, apetitosos. Nuestra cocina criolla tiene la ventaja de mantener siempre, a través de la distancia y a través del tiempo, firme la devoción de sus cultores. Conocemos, pues, casi con ansiedad, el clásico "majao" los plátanos y las yucas. Y nos levantamos repletos, como si hubiéramos comido después de haber guardado largo ayuno. Hasta que no hemos verificado esta primera comida, nos parece que todavía no estamos incorporados efectivamente al pueblo.

¡Qué agradable se hace la vida, durante los primeros días, para el recién llegado! La tradicional hospitalidad cruceña se manifiesta a cada momento. Todos desean tener amistad con el recién llegado. Las invitaciones a fiestas y bailes, menudean. Y cuando el recién llegado es "buen mozo" goza también de aquellos idilios inocentes, que tienen tan singular encanto.

Pero hemos dicho durante los primeros días. Y es así. Cuando un recién llegado deja de ser recién llegado, pierde muchas de las prerrogativas que tal calidad el otorga. Su presencia es ya familiar; luego, no despierta curiosidad. Pasa a engrosar el número de los que más tarde tendrán que observar a otro recién llegado. Y así, en medio de aquel ambiente tan típico, tan marcado, muy pronto asimila costumbres, ideas, entra a vivir los años lentos de esa tierra llena de sol y de calma.

LOS VERSOS

Es una noche tibia de verano, de tranquilidad profunda. No corre un soplo de brisa.

Los faroles de la casa han hecho ya el último guiño tras los cristales ahumado. La luna queda sola alumbrando. Su luz baña los tejados chatos de las casas coloniales, pintando sobre las paredes blanquecinas fantásticas figuras negras. La ciudad, bajo aquella claridad blanca cobra un tinte suave de misticismo conventual. Y la calma apacible, calma de lago dormido, reina soberana, interrumpida a ratos por el lento y metálico sonar de las campanas o por los ladridos prolongados de algún perro vigilante. De cuando en cuando se oye el lánguido pitear de los serenos, triste, como un lamento.

En el reloj de la torre han sonado ya las doce campanadas de la media noche; hora de brujas y duendes; hora de inquietudes y sobresaltos; hora propicia para galantes aventuras. Protegido por la oscuridad de los corredores avanza un grupito. Son cinco sombras. Adelante van los cantores, les sigue el enamorado pensativo, y cierran la marcha los guitarristas, indolentes, rezagados. Suben y bajan por veredas desiguales, tropezando a cada paso en los huecos dejados por las baldosas rotas. Marchan y marchan los filarmónicos peregrinos por callejuelas tortuosas, dejando atrás viejas fachadas coloniales con negros portones anchos; recorriendo interminables tapias blancas sin ventanas, junto a las cuales resaltan con lobregueces cavernosas, los espacios dejados por las ruinas. De rato en rato, al llegar a una esquina, ven destacarse las torres altas de la Catedral, como la fantástica silueta de dos gigantes embozados recortada sobre el azul intenso del cielo.

Al fin llegan ante la reja ansiada. Un golpe de emoción sacude el corazón inquieto del enamorado. La pequeña comitiva hace alto. Nadie habla. De pronto un sordo cuchicheo se eleva del pie de la ventana: músicos y cantores discuten y gesticulan para ponerse de acuerdo sobre la pieza que preludiará la serenata. Callan las voces bajas y los guitarristas pulsán las cuerdas de sus guitarras. El momento es solemne. Se irisa una escala y pronto las notas turbias de las bordonas son eclipsadas por la nítida vibración de las cuerdas altas. Después, suenan unas tres veces todas las cuerdas juntas y la introducción comienza.

La armonía cobra entonces tonos misteriosos en aquel ambiente sonoro de calma profunda y sube al infinito convertida en espiral de cristalina melodía. Luego se elevan las voces apasionadas coreando un vals sentimental, y dicen cantando con toda el alma:

"Es en vano; no puedo olvidarte
por tu amor he perdido la calma,
yo no puedo vivir sin amarte
tus fríos desdenes torturan mi alma"...

Viejo vals, que trae enredados entre sus notas cadenciosas melancólicas recuerdos de cosas viejas ya olvidadas.

A esto sucede un compás de espera. Y mientras en el ambiente flota una ráfaga de romanticismo, los músicos enmudecen, como si temieran romper el encanto armonioso de la pausa. Tras la reja de la ventana cerrada, se oye un leve roce y se adivina la presencia de la bien amada, cuyo corazoncito indudablemente, late apresurado a impulso, de dulces emociones.

¡Pero ese vals viejo, no encarna el estado patológico del enamorado! Los enamorados cantan siempre cosas tristes. Luego, este enamorado no puede apartarse de aquella ley general, y es por eso que, en la quietud solemne de la noche, en la blanca quietud de esa noche lunar, oímos llorar las guitarras y escuchamos que dice una voz:

"Triste estoy y tengo pena,
tengo el alma toda llena
de amargura"...

Sí; de amargura. De esa amargura que sólo sienten las almas sencillas de nuestros cruceños; de esa amargura que nace en la tranquilidad de nuestros pueblos coloniales; que florece en las soledades nocturnas y fructifica en las pequeñas grandes penas de esos corazones enamorados.

Los gemidos de las guitarras se apagan suavemente. El lúgubre ladrido de un perro quiebra el encanto que ha dejado la tregua.

Los cantores regresan. El enamorado echa una postrer mirada sobre la ventana muda, mientras se oye retumbar sonoramente el eco de las pisadas.

Luego todo queda en calma, como si el silencio de la noche se hubiera tragado con aquellos últimos acordes y aquellas sonoras pisadas todo vestigio de vida en el pueblo dormido a la luz de la luna.

VIERNES SANTO

Una procesión religiosa en una ciudad moderna es, para el espectador neutral, algo anacrónico y muchas veces incomprensible. La mente no puede concebir, sin natural resistencia, un desfile de obispos, santos y creyentes entre la prosa que la civilización ha puesto en las opulentas metrópolis de nuestros tiempos.

Una procesión de Semana Santa por esas calles lujosas donde se enfilan los colosos de la arquitectura contemporánea semicubiertos de prosaicos y chillones avisos comerciales y donde una turba infernal de vehículos concierne la más irreverente de las sinfonías, no tiene, no puede tener la virtud de provocar, ni siquiera en los espíritus preparados de los creyentes, la honda emoción que debiera producir el simulacro de cualquier escena evocadora de aquel drama formidable del Calvario.

Así pues, hoy, es este siglo materialista de las cosas prácticas, una procesión religiosa viene a ser algo fuera de ambiente.

Para pesar el valor emotivo, para desentrañar el principio estético que encierran aquellas seculares prácticas religiosas, creemos pues que es indispensable apartarse del progreso, visitar aquellos pueblitos provincianos adormecidos, llenos de calma, impregnados de misticismo, que prestan al acto todo el concurso de su ambiente rústico y tranquilo.

Santa Cruz es uno de los esos pueblos. El progreso no ha turbado aún el silencio apacible de sus calles. El materialismo industrial ha respetado la blanca pulcritud de sus casonas anchas de rojo tejados patriarcales. Y hasta su gente, perpetuadora de tradiciones, casi no se ha mezclado con gentes de otras razas, y conserva latente la herencia de ese espíritu peninsular tan sugestionable ante lo fantástico y pomposo. Se podría afirmar que en sus hombres y en sus mujeres hay sedimentos de ese temperamento español exaltado; de ese temperamento místico y guerrero de los hombres de Avila!

En los días de Semana Santa se siente revivir aquel legado de la raza hispana, y al amenguar la alegría de sus habitantes, parece que la ciudad blanca y tranquila se llenara de tristeza. Aquella semana tiene allí un sello especial. Se nota en el ambiente algo que no es común: Las calles, las casas, los rostros y los hábitos, no son los mismos que hemos visto antes a diario. La atmósfera nos parece también influenciada por extraño e invisible agente, y notamos palpable algo que es como aquella presión de misticismo y de tragedia que impregna el aire de los templos y los camposantos... Se diría que la atmósfera de la iglesia, escapando por los anchos portones, se hubiera esparcido en el pueblo, bañando con su tinte melancólico, calles, casas y personas.

Y sin duda el Viernes Santo, día en que culmina lo patético en la liturgia del drama sacro, cuando se acentúa intensamente aquella impresión inquietante y melancólica, mezcla de lo místico y de lo trágico.

Ese día, desde temprano, los pilares gruesos que sostienen las alas amplias de los corredores se hallan envueltos por franjas de paño negro sobre cortinas blancas. De las vigas anchas y macizas, cuelgan vacilantes algunos faroles con los vidrios ennegrecidos por el humo. Y, con aquellos negros adornos, la ciudad adquiere aspecto de enorme altar mayor. La muchedumbre se apiña en las bocacalles y en las veredas; y los hombres y las mujeres, los viejos y los jóvenes, imprimen al conjunto un tinte sombrío con los negros brochazos de sus vestiduras.

Del reloj de la torre se desprenden cinco campanadas. Son cinco golpes sonoros, largos, metálicos, que preludian la fuga de la tarde. El silencio es absoluto de pronto se oyen los toques calmados de una marcha fúnebre y aparece la comitiva que avanza lentamente. Una sensación profunda circula por todos los espíritus. La masa humana ondula suavemente. La atmósfera parece electrizada. Aquella música fúnebre y el caminar pausado de la negra caravana tienen algo de sobrenatural, de fantástico, que sobrecoge el espíritu. Sentimos que recorren nuestro cuerpo estremecimientos interiores y que nos invade una inevitable sensación de respeto.

La procesión se acerca a paso solemne. En primera fila se destacan los rostros espantables de los opas, ungidos de grotesco misticismo. Parecen espeluznantes figuras escapadas de algún "capricho" de Goya. ¡Pobres idiotas! Ellos son los más fervientes, los más adictos: justo es pues que la primera bienaventuranza les asegure el reino de los cielos!...

Continúa el desfile y pasan las autoridades llevando oscuros estandartes. Estas autoridades pueblerinas son gente muy original y más que nada gente muy solemne. Van

empaquetadas en negras, verdosas y arcaicas levas. Allí sobresale un hombre gordo que calza guantes negros y lleva en la mano un deslustrado sombrero de pelo. El sudor ha ablandado la dureza almidonada de su cuello alto y grandiosamente abierto; pero el cansancio manifiesto no ha logrado despojarle de su augusta gallardía. Se nos ocurre que debe ser un juez, quizás nos equivocamos, pero en todo caso es autoridad judicial; esto o presentimos íntimamente, casi con plena convicción.

Tras aquel severo, balanceándose majestuosamente, aparece el Cristo recostado en su sepulcro de cristal. Su rostro demacrado es humilde y sus carnes pálidas están surcadas por gruesos hilos de sangre. Le siguen el obispo con dos sacerdotes que deben ser de alta jerarquía; van vestidos con negros y largos hábitos que les dan un aspecto inquietante de magos alquimistas. Algo distante, marchan silenciosos unos diez hombres con rostros de místicos crónicos. Luego pasan las congregaciones de hombre y mujeres que llevan en las manos unos cirios llorosos, goteantes. Dos filas de niños y niñas sonrosadas. La Dolorosa. Atrás, más opas, pueblo devotos y los soldados que cierran la marcha.

En las veredas, algunas viejas se arrodillan y mascullan un rosario. En las bocacalles aparece y desaparece un grupo de jovencuelos que miran con avidez a las chicuelas que desfilan en las dos largas hileras y cuyos mantones negros hacen resaltar la blancura de sus rostros.

Se oyen nuevamente las lentas campanadas de la torre. La luz de los cirios vence al resplandor difuso del crepúsculo, y se refleja sobre los rostros de los caminantes con fulgores amarillentos, que les dan tintes cadavéricos. Algunos mendigos harapientos asoman sus rostros lívidos por entre la muchedumbre que llena los corredores, y siguen con la vista soñolienta el paso de la oscura comitiva que pronto se pierde al doblar una bocacalle. Los compases de la música fúnebre se disuelven en la lejanía. Sólo se escucha, a intervalos, el pausado golpear del bombo. Las sombras de la noche se aproximan. Muy luego todo queda en calma.

Y así pasa la procesión, como una negra pesadilla, dejando tras de sí una estela de olores a iglesia y el ambiente impregnado de una ráfaga de lo trágico.

Y esas horas de Viernes Santo, vividas en los tranquilos pueblos de tierra adentro, producen en el alma saludables sensaciones. Tienen la virtud de reconcentrar el espíritu, en impelirlo insensiblemente a un examen interior que le aparta por momentos del materialismo mundano. Aquellas figuras invisibles, de muerte que vagan por instantes y se agolpan a la mente, hacen pensar también, tanto a crédulos como incrédulos, que todos formamos parte de una larga caravana que marcha con paso certero hacia un pavoroso más allá desconocido.

LA NOCHE

Las diez. El clarín toca silencio lúgubrementemente. De los frentes de las casas desaparecen, una a una, las luces débiles de los faroles ahumados. Ha sonado ya la décima campanada, cuyo eco retumba en la calma de las sombras. Una que otra estrella parpadea allá en lo alto. A lo lejos se oye el largo pitear de los serenos. ¡La ciudad duerme!

Una luz amarillenta, que se acerca vacilante, alumbrando el paso de un grupo de mujeres agrandando la sombra de los horcones al proyectarla sobre las paredes blanquecinas. Las arenas de la calle crujen al paso de unas vacas que, pausadamente, como sombras vagas, avanzan arrancando afanosas la grama que brota al borde de las aceras.

Un momento de silencio. Luego se oyen pisadas menudas, tímidas; roce de trapos junto a las paredes; una puerta que se abre sigilosa, un ruido débil que la cierra, y una sombra que se esfuma...

La brisa sopla suave dejando armonías entre las hojas largas de los totaíces. Se escuchan los pasos indecisos de un borracho. Del reloj de la torre se desprenden lentamente las doce campanadas de la media noche. Es la hora fatídica de los cuentos de Hoffman, la hora clásica de los países misteriosos donde moran las brujas y los duendes. ¡La ciudad sueña!

Al pie de una ventana llora una guitarra con tonos melódicos y una voz destemplada le hace coro.

Mas tarde, ladra un perro. Después canta un gallo. Cuatro campanadas suenan largas, metálicas, sonoras. Sucede un profundo silencio. El rocío se escurre y gotea lentamente de los tejados, mientras rojos brochazos tiñen el azul violáceo del cielo, como las arrugas que surcan la frente de un viejo pensativo.

Amanece.

UN BURI

Buen día, doña Mica... Manda decir mi mamá que como está... y que la invita esta noche pa que vaya a tomar una copa de servesa... y que si le quiere prestar sus vasos y ese pañito

festoneado que tiene... ¡Ah! se me olvidaba, dice también que le preste sus cortinas; esas que le prestó la otra vez...

—Que es che... ¿van a bailá?...

—Sí; doña Mica, don José va a traer la banda esta noche...

—¡Ah! ¿va ser con banda?... ¡Caramba che, ...que tono!... Y oí, jau, ¿disqué don José esta empeñado en llevársela a Matilde y que la pelada no le hace caso a pesar de que él gasta hartito en ella?

—Yo no se doña Mica,... parece que ella lo quiere a Rafael ... El otro día él le trajo versos y Matilde se salió a la calle a vejlo, y estaban besándose cuando mama los vio y la metió a Matilde a rempujones, y después le dio guasca... Mama quiere que Matilde esté con don José porque éste tiene plata y Rafael siempre anda yesca... apenas si saca en la peluquería pa costearse el loco....

—Que querés hija, ¡La plata tiene muchas virtudes!...

—Sí; pero ese don José es un viejo cargoso y antipático.

—Y hasta dicen las malas lenguas que es enfermo, che, y que la plata que tiene fue la que se le despreció al gringo ese que vivía tras la Capilla... Pero ande hay amarillas no hay defetos... como decía la finada doña Pastora, que en pas descansa... Bueno, decile a la comadre Rosa que le agradezco su amabilidad y que via ir aun cuanti sea un momentito porque tengo al muchacho enfermo con tos de ahogo... Y venite vos dentro de un rato pa llevar los vasos que yo ahora voy apurada al lao de San Francisco ... Le decís que ya no hay más que cinco... que el otro lo rompieron en el óleo del hijo de la comadre Rosaura... y que todavía no me lo han pagao ... Lo demás se lo mando a la tarde con Pancho.

—Bueno, me voy doña Mica... hay mucho que arreglar en casa... Hasta luego...

—Anda nomas.

* * *

La sala está iluminada por lámparas de gasolina, cuya luz blanca in intensa hiere la vista y obliga a bajar los ojos a los invitados que van llegando después de haber peregrinado por oscuras y tortuosas callejuelas. Unas cortinas de color indefinido, endurecida a costa de plancha y almidón, sirven de rígidos adornos a unas ventanas pequeñas, definidas por mugrientos barrotes de madera. De los muros mal blanqueados, cuelgan dos o tres almanaques viejos sin calendario y alguna que otra esterita japonesa semicubierta por media docena de postales en cuyas figuras campea el tema amatorio en sus más románticas manifestaciones. Sobre una mesa rinconera, entre infinidad de chucherías, hay una imagen de San Antonio, el beatífico componedor de entuertos amorosos y sempiterno refugio de solteronas necesitadas... Las sillas desvencijadas que, con algunos sillones arcaicos, componen el total del mobiliario, están ya ocupadas, en su mayoría, por las representantes del bello sexo, que en este caso, son las comadres del barrio acompañadas de sus hijas y sobrinas, ahijadas, entenadas y "recogidas". El suelo se halla cubierto por una vieja estera de junco que ostenta manchas evocadoras de muchas francachelas.

Un perito en la materia afirma que este será un buricito de tercera clase.

En la puerta y ventanas de la calle, hay apiñada una muchedumbre de curiosos. Son los *mosqueteros*, terror de los bailarines, que les temen más que a las viejas mironas.

En la sala el ambiente se torna pesado. Se respira una atmósfera picante, mezcla de olores de perfumería barata, polvos y sudores. El silencio es casi profundo. Las circunstancias se hallan poseídas de una seriedad embarazosa. Dos jovencitas cuchichean y miran de reojo a sus vecinas. De vez en cuando se oye el sordo murmullo de las comadres que ya comienzan su tarea chismográfica. ¡Pobres vidas ajenas! Los hombres todavía no se animan a entrar. Algunos están parados como estatuas en los umbrales de las puertas quedan al patio, y parecen preocupados en efectuar un balance de caras bonitas. Otros, desde las ventanas, sostienen miradas de fuego con su bien amada; y los más se posesionan de la cantina donde, según ellos, van en busca de un traguito para hacer acopio de valor. Allí están ya, desde temprano, unos cuantos prosaicos varones cuya presencia en los buris constituye el terror de los cantineros.

En el patio angosto y oscuro, los músicos se preparan a entrar en funciones.

En la sala, doña Rosa se deshace en atenciones y sonríe a diestra y siniestra mostrando la relumbrante calzadura de oro del único diente que se yergue ufano en el interior de su boca desolada.

—Al ver Leoncio... decile a Pancho que meta algo a la sala pa alentar la confianza, que aquí están todas muy heladas y llenas de etiquetas...

—Pero comadre Rosa... que dice usted. Nosotras estamos bien... no se moleste... las heladas son estas chotas que se están haciéndose las tiernitas y las asustadas...

—Molestia no es doña Mica... y le voy a ser franca. Mejor es que saquen las servesa por que denó se la a caba Félix... Ya lo he visto prendido e la cantina... y usté sabe que ese es como cueva e cepe...

—Siempre chupaco el badulaque ese, ¿no?...Ahí la he visto a su mujer mirándole bonito a Rafael.

—Calle comadre, no me lo nombre a ese otro "pa nada" que yo no se quién lo habrá envitao... Ya me tiene cargada... figúrese que la está persiguiendo a la muchacha y no me la deja ni a sol ni a sombra... Ya le he dicho a Matilde que ni lo mire siquiera... A lo mejor me lo va a espantar a don José que es un buen partido...

Los sonoros toques de la banda que preludia una cuadrilla, interrumpen el curso de tan sabrosa confidencia.

Ha llegado para los *caballeros* la hora suprema, la hora de las emociones. Rápidamente se retocan la toilette, se alisan los cabellos y penetran al recinto en compacto bloque. Las chicuelas están impacientes. Por los rostros paliduchos pasan ráfagas de preocupación. ¿Cuántas y quiénes serán las *planchadoras*?

Los hombres hacen derroche de ceremonial. Las genuflexiones se multiplican, y cada cual toma su pareja, joven o vieja, linda o fea, según la suerte o la oportunidad en llegar primero.

La cuadrilla es la danza que, invariablemente, sirve de apertura al rol de bailes. Es la danza de tono; ella de refugio a los malos bailarines y a los viejos achacosos cuyas enmohecidas osamentas ya no resisten a las agitaciones que producen las endiabladas danzas modernas.

La galantería Luis XV campea soberana en esos momentos. Las jovencuelas despliegan los encantos de su gracia rústica y procuran mantener un equilibrio que les dificultan unos zapatos demasiado anchos o demasiado apretados. Las viejas y las feas que no ha logrado su príncipe azul, se desquitan murmurando sañudamente.

—Mirá esa janucha, parece que se ha colgao las cortinas del altar mayor de la catedral... Asú que jamá he visto peor gusto pa vestirse... ¡Dios mío!...

—De verás, ¿no? doña Mercedes... estas "peladas" de ahora son puro colgandijo...prefieren disminuir el loco pa aumentar los trapos... Así están también de amarillas... mirelá a la pobre Engracia que apenas puede con los botines...parece que estuviera pisando huevos....

—Si pue doña Francisca... esa es de las de domingo taco, lune talone...

Una vez terminada la cuadrilla, los bailarines dan algunas vueltas a paso calmado con sus compañeras, y después, sin perder la solemnidad que las circunstancias demandan, las sientan en una silla y precipitadamente abandonan la sala. En estos buricitos, hasta que el licor no les infunde el suficiente valor, los hombres no se juntan con las mujeres sino en el momento preciso de bailar.

Un chico sucio y roto penetra llevando una ancha bandeja repleta de pequeñas copitas llenas de un líquido blancuzco. ¡Es el clásico ponche de leche! Las comadres y las chicuelas paladean el espirituoso néctar y lo ingieren después de un solo trago, no sin hacer repetidas muecas, como diciendo: ¡Uy, qué fuerte!

Pronto la confianza se adueña del ambiente. La conversación sube de tono. Las risas argentinas se elevan con encantos cristalinos y se mezclan con las ruidosas carcajadas que salen de las habitaciones interiores. ¡Baco reina en todo el esplendor!

Parado junto al marco de una puerta, Rafael conversa animadamente con dos amigos. Uno de ellos, el mas alto, que es un hombronazo hercúleo, de facciones ásperas y que luce una descomunal nariz roja en su cara soñolienta, le dice en tono burlesco.

—Parece che, Rafael, que don José no te hace lado... Se ha prendido como broquelona... Tenés que conformarte nomás...Po lo pronto el viejo ya cuenta con doña Rosa... dicen que la ha untao con quinientos... Y ya sabés que la plata en mesa chivo al suelo...

—Mira Ugenio, haceme el favor de no fregar la paciencia... no estoy pa aguantar zonceras... y sabé pa tu gobierno que la pelada se viene conmigo...y va ser hoy mismo, pa que vean...

—No sos hombre, che, pa tal empresa... permitime que lo ponga en duda —tercia Miguel—, que es el tipo acabado del burista profesional y camorrero.

—¿Qué no?...¿cuánto vamos?... ¿una docena de cerveza que me la saco hoy mismo?

—Mirá, te acepto pa que no se diga que tengo miedo a perder... ¿A medias, che, Ugenio?

—Bueno... convenido... una docena de cerveza que nos vamo a tomar a la salú de Rafael, que según estoy calculando, la pelada no se juye con éste... Mirá como la vieja no le saca el ojo de encima...parece que ya estuviera advertida...

—Bueno, che, basta de parletas... vamos a planear el asunto. Pero desde luego cuento con ustedes para si hay boche, ¿no? Me la voy a robar con la banda que ha pagao el lanas de don José pa que no se meta otra vez a conquistador en barrio ajeno.

—Ojalá haiga boche, hermano... ya sabés que ese es mi elemento
—responde Eugenio—

—Bueno, vengan ajuera que aquí hay muchos curiosos...

Y nuestros tres varones se dirigen al zaguán. En las sombras renuevan su animada conversación.

La banda acaba de ejecutar un vals. Un vals arcaico, dulzón, cuyos últimos acordes se pierden dejando en el ambiente una estela de sentimentalismo. Estas músicas pasadas de moda, tienen un dejo extraño, inquietante, que puebla la mente de recuerdos tristes!

El relój de la torre se oyen las dos campanadas lentas de la madrugada. Las parejas sudorosas y vacilantes por efectos del alcohol, buscan asiento. Don José lleva a Matilde del brazo. Se sientan juntos. De vez en cuando don José dirige alguna palabra a su compañera. Matilde le contesta maquinalmente. Parece que una preocupación nublara su frente.

La escena ha cambiado de aspecto. El bullicio es infernal. Ahora, la mayor parte de los hombres se ha quedado en la sala, y cada cual procura acomodarse lo mejor que puede al lado de alguna dama. Las actitudes amorosas de los galanes, a influencias del licor, cobran tintes bastante subidos. Un borracho canta con voz destemplada. Las carcajadas y las interjecciones se elevan atronadoras. Algunos cultores de la danza regional piden a voz en cuello *maraca, maraca*... ¡Aquello parece una bacanal romana!

Don José se levanta y dice a Matilde:

—Esperame un ratito... voy a traer algo pa la sé...

—No me vaya a traer coctel, que yo ya estoy con dolor de cabeza... pide Matilde.

—Y qué querés entonces... ¿un vaso de leche?... caramba, que estás delicada hoy...

—No, tráigame un vaso de chicha...

—Bueno... ya vuelvo... esperame un momentito...

Y don José, medio tambaleando, se dirige a la cantina cruzando el patio.

Se oyen voces aguardentosas que vuelven a gritar *maraca, maraca*... Los músicos ensayan chillonas escalas. Un borracho entona un compás enrevesado.

Rafael que vigilaba atento, ve a Matilde sola y se acerca presuroso a ella.

—Matilde —le dice en tono imperativo— vas a bailar conmigo esta pieza...

Ella palidece ligeramente y entre titubeante y tímida intenta rechazar la invitación.

—No puedo ésta, Rafael... don José me ha comprometido... y además vos sabés que mamá me ha multao pa que no baile con vos... Mejor es que no le enoje a mamá porque después va ser peor...

—No importa —responde Rafael— visiblemente alterado por lo que él supone resistencia en Matilde. Y sin pronunciar palabra la coge del brazo y casi bruscamente la obliga a entrar en el loco torbellino de la danza.

El entusiasmo es indescriptible. Los acordes desacompañados se mezclan con los gritos y las risotadas de los bailarines. Todo el mundo está en movimiento. Solo algunas viejas abuelas cabecean en sus sillas y sobre sus rodillas los chicuelos, llevados allí quién sabe por qué motivo, echan un cándido sueñito en medio de tanto desenfreno.

Don José penetra llevando el vaso de chicha ofrecido a Matilde. Al verla bailando con Rafael, un relámpago de ira cruza por sus ojos. Permanece un momento inmóvil y luego, dejando el vaso sobre una silla, se dirige al patio perdiéndose en la semioscuridad.

La *maraca* ha terminado. Rafael, muy junto a Matilde le habla animadamente. Sus palabras son ahogadas por la bulla. Al sentarla, le dice casi al oído:

—Te espero.

Matilde responde con un gesto imperceptible de afirmación y él se retira al fondo de la sala. En la puerta están sus compañeros. Se acerca a ellos y les dice con expresión del que quiere aparentar indiferencia:

—¿No ven?... está arreglado el asunto... pero alguno de ustedes se tiene que encargar de distraerla a la vieja... y otro a don José...

— A don José déjenmelo a mí —dice Eugenio con aire de matón—. Hoy tengo ganas de dar guasca...

—¿A quién van a dar guasca ustedes, lanudos? —interrumpe don José— que, oculto tras la puerta, había seguido los movimientos de Rafael mientras bailaba con Matilde y acababa de escuchar los planes que confirmaban sus sospechas. ¡Yo les voy a enseñar a guascar... perros!... Aquí tengo cinco plomos, que pa ustedes es de sobra. —Un tremendo y oportuno puñetazo que, como rayo envía Eugenio sobre el rostro del irritado galán, corta de golpe este discurso. Don José cae al suelo; de sus narices mana la sangre a borbotones pintando lunares rojos en la estera sucia.

Los amigos del maltrecho anfitrión viene en su ayuda. Se inicia un encarnizado pugilato. Los combatientes de ambos bandos se trenzan en furiosa lucha. La batahola es infernal: gritos de dolor, interjecciones de rabia, chillidos de mujer, ruido de objetos que caen al suelo después de haberse estrellado contra alguna cabeza, una vieja que intenta desmayarse, doña Rosa que grita Matilde... Matilde...y dos siluetas muy juntas que salen de prisa y se esfuman en las sombras violáceas de la aurora...

Por todos lados se oye el continuo pitear de los serenos.

GALLOS

Bajo un modesto techado de palmera, una pequeña barda de ladrillos de media vara de altura, forma un círculo donde, como en las arenas romanas, los gallos, al igual de los gladiadores, rendirán tributo de su sangre para complacer a los curtidos Césares pueblerinos de nuestra época.

Son las dos de la tarde. Ya la concurrencia, apretujada, ocupa el estrado. Las bancas rústicas y carcomidas que, con algunas sillas desvencijadas, hace las veces de tribunas, crujen bajo el peso de un público impaciente y nerviosamente inquieto.

Este público que habitualmente asiste a las riñas de gallos, tiene rasgos singulares que lo diferencian de los cultores de cualquier otros pasatiempo. Todos esos hombres parecen ligados por algún lazo espiritual, que establece entre ellos cierta afinidad. Pero, el que se destaca con perfiles más nítidas, el que posee aquellos rasgos más acentuados, ese el gallero profesional. Este, quizás debido al trato continuo que tiene con los gallos, se ha impregnado, por decirlo así, de ciertas actitudes y hasta características físicas muy peculiares en el rey de las aves de corral.

El gallero es el emperador del refidero. Se cala el sombrero alón sobre la oreja izquierda; escupe por el colmillo mientras la comisura opuesta de sus labios sujeta a su boca despectiva la humeante colilla de un "charuto" y camina contoneándose con el "donaire" de un "chanteclair". Parlotea como una cotorra. Emite fallos incontrovertibles sobre la calidad, el peso, la agilidad y otras cualidades de los gallos; pronosticando, con aplomo de experto, el resultado final de la riña. Vela celoso por su prestigio de entendido y dice que se halla dispuesto a sostener sus opiniones en cualquier terreno. ¡Así son las grescas que se arman cuando dos galleros opinan en contrario! El vocabulario de Quevedo es corto para todo lo que allí, a voz en cuello, se dicen los energúmenos.

Bajo el techado se escuchan ya las voces de protesta de algún espectador impaciente. Va llegando uno que otro gallero que, gallo bajo el brazo, se acerca pachorriento al refidero. Los amigos le saludan y le dirigen cuchufletas. En el fondo de la cancha unos gallos prisioneros de una pata, forcejean por librarse de la manea que los sujeta a la argolla incrustada en la pared. Los emplumado animalitos con cresta cortada, enrojecida, nerviosos por entrar en pelea, lanzan al viento su grito desafiador y, agachando las testas, escarban furiosamente la tierra seca de la cancha. De vez en cuando, con ojeadas de soslayo, observan los movimientos de un posible contendor.

Al principio parece que no hay entusiasmo por concertar riñas. Los dueños de los gallos, cual si se tratara del acto más trascendental de su vida, se animan y se desaniman dos veces por minuto.

—A ver, ese negro es cotejo del pluma -dice uno- con el propósito de estimular al propietario.

Este mira y vacila.

—Hágala, don Juan Francisco —dice otro—. Y don Juan Francisco, que es gallero viejo, sigue vacilando. Y luego dice:

—No hombre. Mi gallo es tiernito. Si quieren, la hacemos con el tuerto.

Vaya, don Juan Francisco, no se acobarde,... Echele nomás...

Y así, después de muchos incidentes, más o menos pintorescos, se llega a concertar una riña y se cruzan las apuestas.

—Voy dos al negro —dice uno.

—Voy cinco contra uno al pluma —dice otro.

—El pluma no llega al final —opina un tercero.

—El pluma lo mata con el peso al negro —firma un cuarto, en tono sentencioso.

Los cánones del refidero ordenan que las peleas sean presididas por un juez. Este es un puesto de responsabilidad y la elección recae, por regla general, en algún viejo gallero, tuerto y obeso, cuya popularidad hace que su nombre, en tales circunstancias, sea aclamado por unanimidad. Mientras se llevan a cabo estos preliminares de orden legal, dos comedidos se encargan de afilar los cachos a los futuros combatientes. Concentrando toda su atención en tarea tan delicada.

Una vez que los gallos están con las punzantes armas en debida forma, los afiladores sorben un trago largo de agua de una tutuma que alguien les alcanza, y haciendo tres o cuatro buches, terminan por rociar los ojos, el pico, las patas y otras partes del animalejo, cuya enumeración no viene al caso.

—A ver, che Fuentes... traé al toreador— dice uno de los propietarios de los gallos.

Fuentes es el dueño de la cancha. Y es gallero de los buenos. A paso lento se dirige al fondo y no tarde en aparecer trayendo un pollo feo, desplumado, tuerto y flaco, cuya vista inspira lástima. Ese es el "toreador". La figura de este infeliz animalejo evoca en nosotros, insensiblemente, vagos parecidos con algunos hombres. Afirmaríamos que el "toreador" tiene un algo de humano indefinible. Y es sin duda por esto que nos inspira lástima. Porque a nosotros, cuando un hombre tiene afinidad con algún animal, todo en él nos provoca risa; pero cuando un animal tienen algo de humano, algo de hombre, entonces, nos interesamos por él y sufrimos cuando él sufre. ¡Quizás esto sea una prueba más de nuestro egoísmo!

Pero ha llegado el instante. Se oye la voz gangosa del juez que ordena el comienzo de la pelea. Los gallos libres ya, saltan, hacen quites, estiran los pescuezos, se miran con furor, inyectados los ojos y las plumas erizadas. Se lanzan al ataque. Los puazos menudean y pronto la sangre riega sobre la arena.

Los espectadores observan absortos. Una que otra voz turba este silencio momentáneo. En algunos rostros se reflejan las fases de la pelea. Hay expresiones de éxtasis que se escapan convertidas en finos hilos de baba. Los más no se inmutan. Miran impasibles los rojos torteros que deja en el suelo el lento gotear de la sangre caliente. ¡Estos deber ser los "infaltables"!

La riña arrecia. Los encarnizados combatientes se persiguen jadeantes, dejando regueros de sangre. De sus gargantas se escapa un ronquido entrecortado. El público les sigue con la mirada durante esa emborrachadora y veloz carrera.

Este "juego" de los gallos se prolonga algunos instantes entre quites y gambetas, hasta que un puazo bien acertado levanta un mechón de voladoras plumas. Los partidarios del heridor se envalentonan entonces.

—Voy cuatro el pluma, y dor usura, —dice uno—.

Pero resulta que a su vez el negro acomoda un regular "cachazo" a su rival. Entonces un "vivo" dice:

—Acepto la usura, don.

El que antes había ofrecido usura, no contesta. La pelea sigue. Al rato, el negro vuelve a herir a su contendor, arrancándole un breve grito de dolor. Parece que esto es mala seña para el heridor, pues se levanta un murmullo que parece una rechifla.

—Echelo a la olla su gallo, don Eladio, —dice un mirón—.

—Auringa lo van hacer regar, —agrega otro—.

El cansancio que ya invade a los maltrechos animalejos, se manifiesta en un temblor persistente que sacude sus cuerpos y sus patas, haciéndoles vacilar como si estuvieran ebrios. Ya casi no pueden tenerse en pie. El juez cree entonces llegado la hora de intervenir y con voz solemne, sacramental, dice:

—¡Careo!

Esto viene a ser como una tregua en el combate. De ella se aprovecha para refrescar los cuerpos sudorosos de las aves, que una vez reanimadas se lanzan nuevamente a la pelea.

Desde este momento el interés crece hasta que, entre ronquidos formidables, uno de los gallos asesta el puazo decisivo que termina con la vida de su rival, el cual se desploma a las patas del vencedor, mientras se oye el grito jubiloso de los gananciosos y la interjección que arranca el despecho a los que pierden.

Luego se retira el cuerpo acribillado del pobre gallo, se reparten las ganancias y se preparan nuevos encuentros.

Y así pasa la tarde entre una y otra riña, con los mismos gritos, con los mismos incidentes. Cuando se acaban los gallos, al atardecer, los concurrentes abandonan lentamente la cancha. Unos van alegres, otros de mal humor, los más, indiferentes.

LOS OPAS

Los sábados en Santa Cruz, serían días muy parecidos a los demás, si una costumbre tradicional no viniera a imprimir al sexto jaló de la semana una ligera variación.

Ese día es el destinado a la limosna. Multitud de pobres seres, decrepitos y sucios transitan por las calles y aparecen como brotados de algún estercolero oculto. ¡Son los opas! Parroquianos impertérritos de las casas pudientes. Despojos de los pueblos, forman una silenciosa y mísera caravana. Abandonan sus guaridas buscando caridad.

Allí va uno que tiene figura de hombre. Arrastra su cuerpo vencido, cubierto de harapos. Sus cabellos desgredados cubre como pajonal quemado una frente angosta de cretino, y sirven de cortina a unos ojos turbios, blancuzco. En su cara no se ven las huellas de la sangre que circula por sus venas; parece tallado en corcho. Su boca se contrae en una mueca indefinida y de sus labios mana un hilo de baba cristalina. De cuando en cuando emite un grito gutural o pronuncia palabreas ininteligibles, que surgen de las cavidades profundas de su enorme coto y suenan como cuerdas pulsadas en una guitarra rota. Golpea las puertas de una casa y estira la mano huesosa para recibir una limosna.

Allí va otro. Pasa silencioso; aplastada la cabeza por invisible peso. Camina lentamente. Lleva un palo que presta apoyo a sus piernas temblorosas flacas y torcidas. Marcha distraído, indiferente a todo lo que pasa. Parece que su pobre espíritu vagara por regiones extrañas a este mundo. Un chicuelo de la calle le arroja una pedrada. Y el pobre opa le responde con un gemido que parte el alma. Y sigue su camino.

De cuando en cuando la caravana experimenta bajas. Ayer uno, mañana otro, mueren los opas de puro viejos. Y entonces los gusanos, aquellos pequeños seres que en el pueblo hacen pasto de los ricos, de los amos y de los dueños, dan cuenta de sus míseros despojos, como si ellos fueran ricos, amos o dueños...

BAZAN

Un metro cincuenta y cinco centímetros: la estatura de Napoleón Bonaparte. Terno de "paco" sombrero pajizo, coquetamente ladeado sobre la oreja izquierda; cuatro periódicos doblados bajo el brazo; un par de botines que sonríen sardónicamente. He ahí a Bazán contemplando de frente. Por detrás es menos bello. Lo que se divisa a simple vista, es un buen para de manchitas grasosas, de unos sesenta y cinco centímetros de diámetro, aproximadamente, que retratan con cierta nitidez las curvas apolíneas de sus espaldas luchadoras.

Además, Bazán es republicano, opositor immaculado, orador fogoso, periodista galano y Cónsul francés... vencedor en la guerra europea.

A todo esto hay que agregar un férreo aparato digestivo y un macizo par de piernas que le sirve de vehículo económico para transportar su humanidad, vertiginosamente.

Bazán es sin duda un idealista; no claudica. Es una mosca en una olla de leche. Para él, ante todo su credo político. Es reliquia de firmeza y lección de civismo ambulante...

Le gusta hablar; siente verdadera fruición cuando le brota un párrafo largo, que dedica, íntegro, a la defensa de los derechos democráticos hollados por el egoísmo de los hombres. Tiene otra debilidad: es cortés; excesivamente cortés; sus saludos son modelos de aticismo griego y de buenas maneras. ¿Quién diría que a pesar de tan bellos atributos es galán infortunado?

Su multiplicidad es asombrosa. A las seis de la mañana le vemos en la Catedral dedicado a las prácticas religiosas; a las ocho en El Trompillo, a las nueve en la Prefectura, a las diez en El Arenal y después...en todas partes.

Al toque de la banda, en los bailes, banquetes y buris, lo primero que se divisa es la tribunicia figura de Bazán que está allí para compartir con los circunstantes sendos momentos de solaz y esparcimiento.

Los domingos y los jueves no habría retreta sin él. Algunas veces suele estar con el termómetro en cuarenta grados cartier. Entonces se siente Cónsul francés en toda la amplitud del cargo. No oye, solo piensa y gesticula; el orgullo se apodera de su rebelde pecho. Si alguien le importuna en su marcha veloz y giratoria, le mira fijamente, inyecta los ojos, y de su garganta surge un ¡Viva Frr... an...cia!, vigoroso, mayestático, a pulmón lleno... y con gesto altivo prosigue su camino, magnífico, imarcesible, heroico, como gigante a quien ha interrumpido el impertinente zumbido de un etore...

HIDALGO

Flaco, anguloso y largo, Hidalgo es un hombre interesante. Hoy nos ha visitado muy de mañana. Trae una leva raída, un tongo destefido y barba de siete días.

—¿Cómo va? Hidalgo, —decimos—, tratando de forzar una sonrisa.

—Como siempre, señor —responde— nuestro visitante, tomando asiento con toda confianza.

—Y, ¿qué buenos vientos lo traen por acá, amigo Hidalgo? —proseguimos nosotros—, aprestándonos a escuchar con longanimidad.

—El sur, señor; este surcito que está soplando fuerte, desde hace dos días, y que a nosotros los que no tenemos como calentar el estómago, por lo interior, nos trata mismito que a entenaos.

—¡Ah! —exclamamos nosotros—, porque ya sabemos adonde va el tiro.

—Si pues, señor —prosigue Hidalgo— la reina doña Victoria, mi prima hermana, me ha escrito contándome sus paseos por Italia. Dice que bailaron mucho y que hubo harta comida.

—¿Conque, usted sigue carteándose con la reina de España? —preguntamos con toda la seriedad del caso—.

Y luego agregamos:

—¿No tiene usted miedo, Hidalgo, que se entere de esto Alfonso?

—No, amigo, —replica Hidalgo—, esbozando una sonrisa, una de esas sonrisas que dicen mucho al buen observador; una sonrisa misteriosa que se presta a interpretaciones suspicaces. No; con Alfonso mantenemos las mejores relaciones, soy su mejor amigo... Y luego, estamos tan lejos...

Y el buen Hidalgo se extiende en consideraciones de orden heráldico por espacio de una hora, con el sano propósito de explicarnos sus vinculaciones con los monarcas de Europa. Nosotros, ya algo fatigados, guardamos silencio. Hidalgo prosigue. Al fin también se fatiga. Parece que se va. Pero como arrepentido, siéntase nuevamente. Piensa un rato y después nos pregunta:

—¿Han oído ustedes berrear al chivo cuando está con la chiva?

Nosotros temblamos. Nos habíamos olvidado de advertir que Hidalgo es imitador de mamíferos y de aves. Esta pregunta significa para nosotros un llamado al bolsillo y unos momentos más de pérdida de tiempo. Optamos pues por lo primero y buscamos alguna disculpa para evitar lo segundo.

—No, Hidalgo —le decimos—, agradecemos su amabilidad, pero que sea otro día. Hoy no, porque hay enfermos en el cuarto vecino.

Y suavemente le llevamos hasta la puerta, mientras deslizamos algunas monedas en sus manos huesosas.

—Gracias, señor —dice el primo hermano de Victoria— contando el dinero como quien recibe lo suyo, y traspasando visiblemente satisfecho el umbral de nuestra morada.

—Adiós señor —nos dice de más lejos—.

Luego, su figura manchega se pierde al doblar una esquina.

Nosotros volvemos y abrimos las puertas de par en par. Hidalgo nos había dejado en la habitación el olor de sus pergaminos.

ASUNTITA

Asuntita ha crecido en la dulce quietud de nuestro pueblo y ha vivido bajo el techo austero de una gran casona blanca y limpia, con un patio grande, claro, florido. Asunta es una cruceñita linda, seria hacendosa. Tiene ojos negros de mirar manso. Y su rostro tranquilo tiene serenidad de ángel. Rara vez vemos a Asuntita en la calle. Ella pasa una vida silenciosa, olvidada, retraída.

Asuntita, es más triste que alegre. Y hay razón para ello: tiene a su madre enferma. La madre de esta cruceñita, es una viejecita buena pero ya achocosa. Largos días durante el año guarda cama. Asuntita la atiende con solicitud de buena hija y es el único consuelo par los achaques de la viejecita.

Asuntita ha tenido varios novios. Jóvenes y viejos, ricos y pobres. Pero ella no quiere casarse todavía. ¡Su madrecita es para ella todo!

En las tardes de primavera, cuando baja el sol y llega el fresco, nos agrada pasear por las calles del pueblo. Y casi siempre pasamos por la calle de Asuntita. Allí está ella en la ventana. Ha terminado sus quehaceres y se asoma para mirar quien pasa. A veces la encontramos pensativa y preocupada.

—¿En qué piensa usted, Asuntita? —le decimos—, arrimándonos a la reja.

—En qué quiere usted que piense? —nos responde ella—, ruborizada por haberse dejado sorprender.

—Asuntita, usted piensa en algo,... algo la preocupa, insistimos nosotros con retintín.

Asuntita calla. Nosotras sabemos que está enamorada. Pero Asuntita esconde esto con mucho cuidado.

Un día de esos la viejecita ha muerto. Asuntita se ha casado. Su marido es pobre. Pero Asuntita no es una carga para él. Ella le sigue a todas partes. Viajes al Beni, viajes a las provincias, días penosos de marchas duras, todo lo soporta Asuntita en silencio. Siempre es la misma callada, serena, comprensiva, cariñosa. En su casa lo hace todo. Cría a los niños, ordena las cosas, asea y arregla los cuartos y entra a la cocina. A veces su marido cae enfermo. No hay dinero en casa. Entonces Asuntita toma costura y gana algunos reales.

Asuntita tiene muchas amigas casadas con hombres pudientes, que estrenan hermosos vestidos, que van a los bailes, que viajan y conocen grandes ciudades. Pero Asuntita no las

envidia. Ella tiene algo inapreciable, algo que Dios da a las mujeres muy de tarde en tarde: la resignación, la conformidad para tomar las cosas como las manda el destino.

Y esa virtud de Asuntita es la virtud de nuestras cruceñas. Es la gran virtud que las hace buenas esposas y madres ejemplares.

TIPOS DE LOS PUEBLOS

DON DAVID

Don David, es maestro de escuela de un pequeño pueblecito del camino. Este pueblecito se llama Motacusito y sus veinte casitas están edificadas sobre una loma verde. Los hombres, las mujeres y los niños, apenas si llegan a cien, pero es tan chico aquello, que parece rebosar de población.

Después de cruzar un largo desierto de muchas leguas, da gusto llegar a Motacusito. Allí también vive don Lizardo, hombre bueno como pocos, que es gran amigo de don David.

La escolita se halla al borde del camino. Está edificada sobre un pequeño potrero, verde como la loma. Una que otra florecilla del campo, pone su manchita roja, amarilla o blanca sobre la grama. La casita pertenece a don David y es limpia, fresca, y clara. Una docena de chicuelos rodea al viejo maestro. A, be, ce dice la voz cascada don David. A, be, ce, repita una voz infantil. Ele, i: li, dice más tarde don David. Ele i: li, repite a coro los chiquillos. Y así pasan las horas. Don David es hombre de paciencia y los chicuelos son muy vivarachos. El maestro está contento con ellos.

La tarde cae lentamente. La loma parece más verde, el potrero más fresco, las florecillas más erguidas, la casita menos clara. Don David ha despedido a los alumnos y marcha despacio, pausadamente, en dirección a la casita de don Lizardo. Llega, entra y toma asiento, como en casa propia. Luego lanza un largo suspiro y se seca el sudor de la frente con un pañuelo grande, azul, a rayas blanca. Don Lizardo le mira y dice:

—¿Muy cansado, don David? —Y sin esperar respuesta, agrega: —A ver, Rosa, un cafecito para don David.

Don David no responde, mira en todas las direcciones con sus ojazos de hombre bueno. Lanza otro largo suspiro y espera paciente el cafecito.

DON FEDERICO

Este es uno de aquellos pueblecitos cruceños que vive bajo la claridad de un cielo incomparablemente azul y duermen en la mansa quietud de su ambiente provinciano.

Es un grupo de casa blancas con techos rojos, que hace marco a una plaza verde; a una plaza grande, tan grande casi como la superficie ocupada por todas las casas del pueblecito. En un costado de esta plaza se levanta un templo ruinoso, tres veces centenario. Nadie dice misa en aquella vieja iglesia desde que murió, hace mucho tiempo, el padre Manuel Jesús; un cura bueno, anciano, encorvado, de cabeza blanca.

Ocupa las casas unas cien familias. Toda es gente buena, franca, hospitalaria. Hay, como en todos los pueblos, vecinos notables y chicas bonitas. Ellos viven las horas largas y tranquilas de provincias, ocupados ora en sus trabajos del campo, ora en sus tareas de oficina y ora, también, un poco en la política. Ellas son todas buenas mujercitas de sus casas y crecen cada vez más frescas, cada vez más lindas, en aquel ambiente apacible de nuestros pueblos del oriente.

De tarde en tarde llega allá un forastero. Entonces los vecinos notables son sus mejores amigos. Y como en el pueblo no hay otra diversión, pronto se organiza un baile. La orquesta está a cargo de don Enrique, que es virtuoso en la música. Se llama a don Jesús y a don Eduardo que son los más entusiastas. Y en medio de aquella alegría san, el forastero baila y baila con las doce chicas bonitas del pueblo.

De vez en cuando hay también en el pueblo una que otra gresca de vecinos. Se establece, entonces, mutua beligerancia de palabras. Luego, los enemigos se reconcilian y todo queda en calma.

En este pueblecito vive don Federico. El es suizo. Hace veinte años que llegó allí y dieciséis que se quedó ciego a consecuencias de una congestión. Sin embargo, esta gran desgracia, no ha quitado alegría a don Federico. El es hombre robusto, y a pesar de tener la cabeza blanca, es aun fuerte y vigoroso. Llega hasta nosotros guiado por un lazarillo.

—¿Cómo va don Federico? —decimos nosotros—.

—Bien nomás, señor, —contesta él—, lentamente.

—Y, ¿qué le parece el día? —le preguntamos—, olvidándonos de su ceguera.

—Para mí todos los días son iguales, todos tienen el mismo color,—responde don Federico—, con una risita cascada.

—Qué triste debe ser eso, don Federico: no poder ver el sol...

—Es cierto —contesta él—, con resignación. Pero —agrega— el ser ciego, a veces, también tiene sus ventajas...

—¡Cómo! —exclamamos—.

—Sí: sus ventajas. Yo, por ejemplo, no veo de los hombres nada más que su bondad o su maldad. ¿Les parece a ustedes agradable saber que un hombre es malo y por añadidura ver que tiene una cara fea, antipática? No: yo no veo nada de eso; para mí, todos los hombres y todas las mujeres son lindos o son feos, si son buenos o son malos. De los malos me aparto y busco a los buenos. Por lo demás nada me fastidia.

Este don Federico es un filósofo, pensamos nosotros y sentimos:

—Tiene usted razón, don Federico. Y sin duda, en este pueblo estará usted a gusto, pues entendemos que toda es gente buena.

—Sí; conmigo todos son buenos. Y yo también me he tenido que volver bueno con ellos. ¡Vaya si soy bueno! ¿Lo dudan? Bueno pues, les voy a dar una prueba de ello.

—¿A ver? Don Federico. La esperamos.

—Miren; nos dice don Federico, confidencialmente, casi en secreto —si ustedes quieren hacer algo malo en este pueblo, alguna diablura de aquellas que hacen los jóvenes, háganla nomás, y después me llaman a mí para que declare como testigo... y yo diré que no he visto nada...

Y don Federico se aleja, lanzando una carcajada en falsete.

¡Qué humorista es este don Federico! Qué trágicamente irónico ese este don Federico, que vive en plena sombra, en aquel pueblecito claro, tranquilo del oriente, oyendo las discusiones juveniles de aquellas doce chicas bonitas, alegres y hacendosas.

EL PALMAR

Enorme pampa verde sobre la que caracolea un alegre riachuelo de aguas cristalinas. En el fondo lejano, bajo un cielo de turquesa, brillantadas por los rayos de un sol puro, se levantan cónicas las lomas doradas de arena fina y movediza. Las casitas muy pequeñas con sus techos gajos de motacú, están esparcidas al acaso. Una que otra garza blanca se posa con suavidad y sumerge sus patas largas y amarillas en las aguadas pobladas de sanguijuelas. Las vacas con sus crías y uno que otro caballo pensativo, manchan de trecho en trecho el tono esmeraldino del paisaje. Una gran calma reina sobre la pampa verde.

Por la huella arenosa unos bueyes pachorrientos arrastran lentamente un viejo carretón, cuyos ejes crujen con chirrido agudo.

—Ji...ji...usa —dice un carretero viejo y curtido—, mientras deja caer el látigo sobre los flancos huesosos de las yuntas.

Bajo el toldo de cuero asoman, entre cacharros, muebles y canastas, rostros de niños sonrientes, cabezas blancas de abuelitas, y cuelgan las pantorrillas rollizas de alguna moza robusta, cuyos pies desnudos juguetean con las malezas que osadas invaden el camino. Entre barquinazo y barquinazo, se oye nuevamente el grito áspero del carretero acompañado del cruel chasquido del látigo al caer sobre las ancas flacas de los bueyes.

El sol está ya en la mitad del cielo. Los arbolillos escasos, tejen encajes de sombra sobre la tierra seca. Un jinete surge en lontananzas. Y, con la cabellera flameante, las faldas hinchadas por la fuerte brisa, las manos haciendo sombra a los ojos negros y expresivos, lo mira avanzar con la impaciencia de la espera una lozana palmareña que hunde los pies descalzos en la alfombra mullida de la grama.

COTOCA

Carretones, jinetes y peatones, marchan por la huella polvorienta del camino. El sol se esconde tras los montes lanzando destellos mortecinos. De vez en cuando las copas de los árboles, doradas por luz amarillenta, se agitan a impulsos de la brisa. La tarde cae rápidamente.

Los peregrinos avanzan. Pronto aparece la torre blanca de la pequeña iglesia, destacando su figura lugareña sobre el fondo azul de un cielo surcado por nubecillas rojas. Se oyen cercanos y melancólicos los tañidos lentos de las campanas. En las primeras casuchas del pueblecito diseminados en desorden a lo largo del camino, algunos viandantes harapientos apagan su sed ansiosamente.

La comitiva llega y entra al pueblo, donde se levanta un vocerío aturdidor. Las campanadas del Angelus se mezclan tristonas con la música bullanguera de las orquestas y las bandas que preludian muchas horas de jolgorio. En los cruces de las calles, bajo toldos mugrientos, las venteras chillan el elogio de unos pasteles que chisporroteando se fríen en las

sartenes con olores nauseabundos. Una turba de ávidos chicuelos, sigue atenta al proceso de infernal fritanga.

En los corredores de las casas, cuelgan ya los faroles de vidrios teñidos, cuyos débiles resplandores luchan con las luces fugitivas del crepúsculo. Y frente a los anchos portones, donde están apiñadas en familiar promiscuidad, las carretas, los bueyes y hasta las cabalgaduras, los ebrios cantan aguardentosas salmodias.

Todo es bullicio, todo alegría en las vísperas de la fiesta de la Virgen.

Los creyentes acuden a pagar las promesas ofrecidas en trances apurados. Allí está aquella viejecita tullida a quien María resucitó el hijo muerto. Este abuelo de barbas blancas y espaldas encorvadas, lleva de la mano al nietecito sonrosado, que vive gracia al milagro de la Virgen de Cotoca. Ese obeso campesino, recobró un par de mulas gordas y allí está para agradecer tan buen milagro. Y esos jóvenes alegres, y aquellas jovencuelas juguetonas, ¿a qué han venido? Ellos no vienen a pagar promesas, ni ellas tampoco. No tienen preocupaciones. Sólo han venido a proseguir tiernos idilios y a gozar defurtivas emociones.

Pero nadie ha reparado en aquella moza esbelta, de pálidas mejillas y ojos grandes enrojecidos por el llanto oculto y las vigiliass; ella ha venido a rogar a la buena Virgen de Cotoca, que le devuelva al novio ingrato... al padre de la criatura que ya agita en sus entrañas.

CUATRO OJOS

Un puñado de casitas grises rodeadas de monte espeso, donde se oye el potente rugir del tigre, el tierno balar de la gacela y el canto melodioso de inquietas aves cuyas plumas tienen los colores de un prisma diamantino herido por el rayo de luz.

El río encajonado corre mugiendo sordamente y sus ondas espumosas hace balancear y cruji las negruzcas barcas de madera amarradas en las orillas terrosas y empinadas.

Sobre la barranca alta —gaviota en reposo—, hay una casita blanca rodeada de un jardincito minúsculo, que se diría cuidado por las manos blancas de algún hada de los bosques. Allí, los claveles, las margaritas, las verbenas y los lirios, al soplo fresco de la brisa levantan sus corolas para atisbar al sol que se esconde suavemente tras los árboles tejidos en la selva.

Cae la tarde melancólicamente. Una mística quietud de soledad satura el ambiente. Junto al río que ya se tiñe de gris, sentada sobre la grama verde, una morena mira el lento correr del agua. Su vestido es negro; negro es su cabello y negros son también sus ojos tristes.

Sus dientes blancos y pequeños muerden el tallo verde de un clavel rojo que se confunde con el rojo de sus labios frescos. Cae el clavel despedazado por la impiedad de la pequeña boca, dejando tras de sí una estela perfumada que se mezcla con la divina fragancia de aquel cuerpo virginal.

Un grillo canta arrancando a su lira tristes quejas y la noche pinta sobre el cielo largos y oscuros brochazos.

UN VIEJO TEMPLO

Aquel templo es una obra de arte, nos habían dicho. Y nuestra imaginación trabajaba afanosa por dar una forma precisa a la idea que sobre la magnitud y la figura de aquel monumento nos habíamos forjado. Pero pronto debíamos llegar a San José. Allí terminarían nuestras dudas.

Acabamos de cruzar sesenta leguas desiertas, por montes y pampas, donde de tarde en tarde, mal parada, se incorpora una débil casucha; y esto nos había hecho olvidar casi, la sensación de lo monumental, de lo grande, de lo sólido.

Apreciable fue, pues, la sacudida frente a la vieja construcción jesuítica que levanta su masa de piedra y barro sobre la verde plazoleta josesana.

Aquel templo, mole imponente, antes que mansión de culto, parecía fortaleza, inexpugnable, construida para rechazar ataques y sostener prolongados sitios.

Tenían esas piedras unidas por el barro, un algo de fiereza castellana que alejaba toda idea de mansedumbre monástica. Acentuaba esta nota, la hermosa torres morisca que a guisa de torreón, se destacaba sobre las ruinas del colegio, la iglesia y el depósito.

Penetramos en la iglesia cuyo ancho portón carcomido nos había franqueado el viejo sacristán indígena. Un vaho asfixiante, acre olor de ruinas, dificultaba la respiración. Los muros semiderrumbados se hallaban cubiertos por hermoso tallado en madera, obra paciente de humildes neófitos. Largas hileras verticales de antiqúisimas pinturas, que representaban santos y bienaventurados, pendían de los costados del altar mayor. Allí, a la izquierda, en un aposento oscuro, cerca de un Cristo sanguinolento, había un diablo tallado en madera. Su expresión infernal erizaba la carne. Dicen que en ese cuartucho, los buenos padres, encerraban a los pobres indios, cuando los sorprendían dando rienda suelta a sus instintos animales... Cerca del hermoso púlpito,

se levantaba esbelta la figura arrogante de una Virgen con rostro de soberana. ¡Un de esas Vírgenes que nuestros abuelos españoles hacían con cara de reina terrenal; porque ellos, pocas veces, concebían el reino de los cielos separado del reino de la tierra! Por todos lados, colgados de las paredes, sobre las mesas de los altares, y hasta en el suelo, se esparcían los útiles de culto. Candelabros de madera semicubiertos por la cera, platos de bronce polvorientos, floreros de plata ennegrecidos, restos apreciables de pasado fausto, allí amontonados, daban al recinto cierto aspecto de almacén de antigüedades. En un rincón umbroso, lejos de todos los objetos, el confesionario esfumaba su forma cuadrangular. Las rejillas de madera tras las cuales, seguramente, se oyeron muchas confidencias, dábanle aspecto de celda carcelaria. ¡Y cárcel fue de espíritus, aquél viejo cajón! ¡Cuántos neófitos desfilaron temblorosos, grotescamente místicos, ante las tablas renegridas de aquel confesionario! ¡Cuántas supuestas culpas de aquellas pobres almas se tragó la boca oscura tras la rejilla de madera! De allí salieron vencidos por los hijos de Loyola, los de la noble y valiente nación guaraní. Allí fueron quebrados sus espíritus rebeldes; encadenadas sus voluntades indomables y cambiados sus hábitos guerreros. Arma infalible y predilecta en los tiempos de la conquista espiritual, ese confesionario ocupó lugar de preeminencia. Hoy, relegado a la oscuridad de su rincón, parecía añorar su rango de otros tiempos. ¡Aquel frío cajón sumido en la penumbra, se nos figuraba el alma del ruinoso templo!

Salimos de la iglesia al par que la tarde declinaba. El viejo templo perfilaba su silueta castellana sobre la semioscuridad del cielo. Dentro, en las naves de la vieja iglesia, sólo turbado por el aletear de los murciélagos, dormía el espíritu de los hijos de Loyola, carcelero del alma guaraní, por los siglos de los siglos.

SANTA CRUZ LA VIEJA

Al pie de la sierra de San José descansan las ruinas de la que fue muy noble y valiente ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Bajo un manto verde de hierba y monte yace la ciudad de los seis lustros que regara con su sangre las tierras chiquitanas en cien combates cruentos con el chiriguano indomable.

Llegamos allí al atardecer. Una brisa suave se colaba por entre la arboleda y sacudía débilmente los arbustos, turbando el hondo silencio, silencio de muerte, que flotaba sobre los rastros de la ciudad hidalga. Entramos apartando ramas y quebrando malezas. La luz palidecía al filtrarse entre las hojas y tomaba tintes verduscos. Era un resplandor alucinante que imprimía aún más tristeza al paraje.

Avanzamos quebrando ramas resacas. Allí estaban los montones de tierra que hace siglos fueron casas. Allí estaban las hileras largas que en lejano tiempo fueron calles. Aquel montón grande fue quizás casa principal ante cuya ventana bordearon las guitarras y se cantaron ardientes coplas. Allí vivió seguramente alguna belleza andaluza, abuela nuestra, que en las noches de luna asomaba su rostro de sol para escuchar las cuitas de algún caballero enamorado y sacaba sus mano blanca, larga y suave para darla a besar, con majestad de reina, al galán apasionado. Y aquellas hileras estrechas, quizás también formaron callejuelas tortuosas por donde los abuelos de nuestra raza incursionaban en la noche en busca de rostros morenos y cuerpos sensuales de criollas. Sin duda aquel ancho espacio cuadrangular, fue la plazoleta verde, donde en las tardes chiquitanas, calurosas y tranquilas, después de la merienda, paseaban el Gobernador, don Diego de Mendoza, tramando intrigas con los Salazares; los canónigos robustos, rollizos; los curas satisfechos; los oficiales y los funcionarios de la real casa. Todos ellos muy nobles, muy hidalgos; ocupados en mestizar, en comer, en beber y en dormir, mientras llegaba el ataque chiriguano. Aquel montón de base ancha, casi solitario sobre un gran solar, debió ser el templo. Aquel templo donde nuestros abuelos querían disculpar la placidez de sus vidas ante la severidad de Dios. Aquel templo donde se ventilaban cuestiones de preeminencia, según las crónicas, y donde la esposa del altivo Mendoza trabó gran disputa con la del no menos caballeresco Zurita, formando en el pueblo dos bandos encarnizados que mantuvieron la discordia por mucho tiempo.

Todos y cada uno de aquellos promontorios verdes; todos y cada una de aquellas largas hileras cubiertas de maleza, tenían para nosotros un alto poder evocativo. Afirmaríamos que sobre los montones y a lo largo de las hileras, vagaban aún los espíritus de los bizarros españoles, arrastrando sus espadas o pulsando sus guitarras y que bajo el verdor de la hierba se conserva todavía el calor de aquellos corazones bizarros; no muertos, sino durmiendo en la gran soledad que hoy reina sobre lo que ayer fue almacigo de nuestra raza, 1987

[Inicio](#)